

## ESTUDIOS HISTORICOS.

27 DE SEPTIEMBRE DE 1821.



EL GENERAL AGUSTÍN DE ITURBIDE

## I.

En los últimos días del mes de Septiembre de 1821, México, la mas bella ciudad del Nuevo-Mundo, la capital del imperio de Anáhuac contrastaba con sus alrededores.

En su recinto se dejaba oír con toda su fuerza un roncoco gemido de venganza; eran los terribles acentos del poder colonial acosado por todas partes; era la grito de la desesperación del absolutismo que presenta su próximo fin; pero que quería desahalar su postrimer aliento ahogando en su propia sangre á la *virgen del mundo*. Aquellos regimientos expedicionarios de Castro Ordoñez, Castilla, Murcia, Lobera, Barcelona, Zaragoza, y Saboya; y los negros y mulatos de Yermo, en los que estaba reconcentrado el odio á la independencia, caminaban acá y allá, para imponer y sofocar los conatos del espíritu público. Véanse formar y marchar esas masas compactas llenas de vigor y lealtad al leon de España, á las órdenes de Novella, Lizaola, Bucelli, Concha y Armijo, enemigos implacables de los americanos. Esfuerzos inauditos se hacian para conservar la *integridad* de las Españas; esfuerzos impulsados por la tenacidad castellana. A la vista de todo esto: al ver desfilar silenciosos á esos regimientos *en que cada soldado era un oprimido* al leer en su semblante su mal comprimido resentimiento, pronto á caer sobre sus contrarios: al aspecto de su marcha insultante; mas aun el brillo de sus armas y de sus ricos uniformes, y al oír de sus cornetas y al de sus dorados tambores, que sostenia ó aumentaba la resignación que les gería su amor propio ofendido y la fuerza de sus juramentos á sus gefes, á su patria, y á su rey, los habitantes de la capital temblaban y se hallaban sumergidos en la mas dolorosa consternación.

## II.

No así el campo en donde se hallaba situado el ejército trigarante, estrechando cada vez mas el sitio. La Piedad, la Ladrillera, el Peñol, Zacoalco, Villa de Guadalupe, haciendas de la Patera y Ahuehuetes, Atzacapotzaco, Tacuba, los Morales y Tacubaya, comprenden una aerea de diez leguas; pues bien, en toda esa circunvala-

ción se oían las dianas al romper la aurora y los demas toques del ejército. De todos aquellos puntos, se veían las altas torres de la catedral, y á su aspecto renacia en cada soldado mexicano, una idea, un sentimiento que terminaban en el deseo de combatir y morir, colocando en esas poéticas torres el pabellon tricolor.

Con tan noble ambición el campo era una escuela práctica de virtudes guerreras: las fatigas de una campaña tan corta, pero por lo mismo la mas esforzada y llena de penalidades, no se sentían, y antes escitaban en cada combatiente el mas bien desarrollado entusiasmo que haya caracterizado al patriotismo.

Un gran número de personas habia concurrido de todas partes á presenciar tanta decision y á participar del jubilo que producía la espléndida escena del ejército sitiador.

El cuartel general era el centro de donde partían mil órdenes con que el genio de Iguala reformaba y criaba los diversos ramos de la guerra y administración para todos los puntos del imperio. El alma ardiente de Iturbide impulsaba á la vez sentimientos, opiniones é intereses los mas contradictorios, *fundiéndolos* entre sí para producir un solo efecto, la INDEPENDENCIA. Acaso ningun hombre público jamas se ha visto en una posicion que fuese mas complicada, mas estensa, ni que necesitase de un tacto mas delicado para concebir y ejecutar, para prescribir y consumar grandes planes sin ningun síntoma de murmuración, llevando todas sus concepciones el sello nacional de la aprobación pública. A la satisfacción de ser en todo aplaudido, reunía la de ser secundado, y en el cuartel general de Tacubaya se veían multitud de gefes y personas notables por sus diversas posiciones, esperando que una boca se abriese para recibir una orden, y contar con orgullo el honor de cumplirla. Es un hombre que imprime sus ideas á miles de almas; es una voluntad á la que un gran número de voluntades se sujetan.

## III.

Un día (el 23) á causa de un despacho de cuartel general, el gefe de una division se hallaba á presencia del primer gefe del ejército en u-



na pieza del palacio Arzobispal de Tacubaya, que acababa de ser desocupada por otras personas, según el desorden en que habían quedado diversos asientos al alrededor de una mesa. Iuribide estaba en pie, dando la espalda á esta, y temblando en las manos un papel que acababa de escribir; se notaba en su semblante la agitación que produce la larga discusión de los arduos negocios y las disposiciones dictadas sin intermisión; luego se dirigió al gefe que acababa de llegar y le dijo:—Y bien, amigo Filisola, ¿cómo se halla la 13.<sup>a</sup> división?

—En el mas brillante estado, señor.

—Y los gefes y oficiales?

—Animados del mejor espíritu.

—Y la tropa?

—Llena de entusiasmo y disciplina.

—Bueno, amigo; no podia esperarse otra cosa de los vencedores de la Huerta. En prueba de mi distinción á la 13.<sup>a</sup>, le confío el honor de que ocupéis mañana á su cabeza la capital del imperio; recomiendo á vuestra prudencia esa ciudad y á sus habitantes; que no se escuche ninguna voz ofensiva; que se respeten las opiniones y las propiedades; y que los soldados del ejército no desmientan con su ejemplo, ni su heroismo, ni los principios que han proclamado.

—Señor: la 13.<sup>a</sup> división y su gefe, sabrán corresponder á la confianza de la patria y de V. E.; sus órdenes serán cumplidas leal y honrosamente.

Se despidieron ambos gefes, satisfechos uno del otro, y Filisola pasó á ejecutar las disposiciones que se le habían encomendado.

#### IV.

En la tarde del día 21, casi á la misma hora de la procesion de la Merced, se advirtió una universal conmocion por el rumbo de este templo. Se oyeron en seguida las fuertes exclamaciones de "los independientes."

A poco se presentó la florida division del héroe de la Huerta, de tan recientes recuerdos. Todos los cuerpos que allí se habían batido, venían marchando en medio de la armonía de sus músicas, y de las vivas á la independencia. Entre la artillería de la division venían dos piezas conquistadas en aquella reñida accion.

Grande era el placer que animaba á cada uno de los habitantes de México; pero podria decirse que no era completo. Faltaaba ver á Iuribide y á todo el ejército para que se acabasen de borrar las impresiones que habían hecho los frecuentes juramentos del obsecrado expedicionario al partir fuera de la capital.

Un día despues, se oyó un toque en todo el campo independiente, que indicaba una órden para el ejército. Era la órden general del estado mayor que se pasó á las divisiones: hé aqui tal cual se dictó.

"Estado mayor del ejército.—Órden general del 25 al 26 de Septiembre de 1821 (\*).—El jueves 27 del corriente deberá entrar á la capital el ejército imperial, llevando la vanguardia la division del centro al mando del segundo, el señor coronel D. Anastasio Bustamante, con su correspondiente artillería, formando á su vanguardia una compañía de cazadores formada en guerrilla; á ésta, las piezas de artillería con su parque; luego toda la columna de infantería, dividida por mitades ó frentes iguales; seguirá la caballería con su frente proporcionado al que deban ocupar en las calles; este ejército formará su cabeza apoyándola por el camino que llaman de la Verónica, ó la puerta del fuerte de Chapultepec, y deberá estar en su formacion y en punto de las siete de la mañana.

A esta division seguirá la de retaguardia en los mismos términos y órden de formacion, apoyando su derecha á la izquierda de la que le precede, tomando parte del camino de los Hospicios que se dirige hacia Tacuba.

Seguirá, á la izquierda de esta division, la de vanguardia, ocupando el terreno que necesite hasta Tacuba, en el de Atzcapotzalco, para no retardar el movimiento general en todo el ejército. El señor gefe de la vanguardia procurará dar sus órdenes y emprender su marcha con la anticipacion que sea necesaria.

Las tropas de este cuartel general emprenderán su marcha á las cinco de la mañana, con el objeto de ir á ocupar sus puestos en las respectivas divisiones á que pertenecen en la linea que á cada una le está señalada.

La tropa del mando del señor coronel Filisola saldrá de México antes del amanecer, dejando en dicha capital solo la fuerza muy precisa con los rancheros, y pasará á ocupar el puesto que la compete en la division á que pertenece.

Las cargas de los batallones y escuadrones, con los equipages de los señores oficiales, quedarán al cargo de un oficial con una pequeña escolta á retaguardia del todo del ejército, y no entrarán por pretexto alguno, ninguna en la ciudad, hasta tanto se avise, que siempre será una hora despues de haber entrado el ejército; para lo cual se detendrán sin distincion, todas, en la garita de Belem, única por donde se permite la entrada.

Desde que empiecen á marchar las columnas, irán todos los señores oficiales de infantería pie á tierra, y solo podrán ir á caballo los señores gefes y ayudantes, para lo cual dispondrán que los caballos de los que deben ir á pie se queden con las cargas.

(\*) Este documento lo debió á la amistad del modesto coronel D. Manuel Reyes Veramendi, uno de los amigos mas sinceros de la victima Ilustre de Padilla.

Los ayudantes del estado mayor, destinados en las divisiones, irán al lado de los señores gefes que las manden, como igualmente los ayudantes de órden de dichos gefes, y todos estos irán á caballo.

El estado mayor general irá al lado del señor primer gefe, para cuando se le ofrezca mandar.

El señor primer gefe encarga muy particularmente á los señores gefes de los ejércitos, y á los de los respectivos cuerpos que lo componen, procuren que la tropa se presente con el mayor asco que sea posible, atendidas las circunstancias de falta de vestuario; con el armamento y correaje en el mejor estado de asco; y por último, encarga el mayor silencio y moderación, tanto en el marcha de la entrada, como tambien en los subsecuentes de la permanencia en la capital, haciendo que todos los individuos que componen el ejército trigaran, guarden la mejor armonía con los habitantes, dando con eso mas pruebas de su disciplina, subordinacion y buen comportamiento.

Los cuarteles serán señalados por el gefe del estado mayor, para lo cual acudirán los ayudantes de éste, destinados á los ejércitos, por las respectivas boletas de alojamiento.

Para no molestar á las otras tropas distantes, se mantendrán en sus puestos, excepto las señaladas en esta órden, las que deberán marchar como está indicado.—Cuartel general en Tacubaya, Septiembre 25 de 1821.—Melchor Alvarez, gefe del estado mayor."

Aun antes de romper el día 27 ya se escuchaban los toques de marcha en todo el campo, para ocupar sus respectivos puestos las divisiones. Pasémos la vista por las secciones que las formaban: véamos, pues, esos cuerpos que pertenecian á ese ejército tan eminentemente nacional, y detengámonos un momento en contemplarlos. Todavía habrá valientes que al recorrer este glorioso registro, digan con orgullo: "yo era de ese regimiento; yo pertenezco á ese ejército." Ved, pues, el ejército segun un documento inédito y conservado por un ayudante del señor Iuribide (\*).

#### INFANTERIA.

##### 1.<sup>a</sup> Seccion.

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Regimiento de la Corona.....	353	
Idem de Celaya.....	490	
Granderos imperiales, columna.....	258	1.101.
2. <sup>a</sup>		
Tres Villas.....	368	
Guadalajara.....	134	
Santo Domingo.....	162	664.
Al frente.....		1.765

(\*) El Sr. coronel D. José María Aréchaga.

Del frente.....	1.765
3. <sup>a</sup>	
Cazadores de S. Luis.....	47
Regimiento de Fernando VII.....	382
Ligero del Imperio.....	153
4. <sup>a</sup>	
Ligero de Querétaro.....	318
Segundo de la Libertad.....	196
5. <sup>a</sup>	
Batallon de S. Fernando.....	239
Ligero de Morelos.....	139
Segundo de la Union.....	176
Primero de la Libertad.....	485
6. <sup>a</sup>	
Fijo de Puebla.....	295
Cazadores de la Patria.....	62
Comercio de Puebla.....	157
Tlaxcala.....	54
7. <sup>a</sup>	
Batallon de la Lealtad, Tulancingo y Huachinango.....	205
Guajuato.....	91
Zacualtipam.....	94
8. <sup>a</sup>	
Comercio de México.....	339
Batallon primero Americano.....	359
9. <sup>a</sup>	
Regimiento fijo de México.....	516
10. <sup>a</sup>	
Constancia.....	100
Valladolid.....	95
Batallon Mixto.....	200
11. <sup>a</sup>	
Primero de la Union.....	220
Segundo de México.....	270
12. <sup>a</sup>	
Infantería del padre Izquierdo.....	500
ARTILLERIA.	
68 piezas de todos calibres, con 763 artilleros.....	763.
CABALLERIA.	
1. <sup>a</sup>	
Escolta del Sr. Iuribide, al mando del señor coronel D. Epitacio Sanchez.....	300.
2. <sup>a</sup>	
Dragones de México.....	305
Caballería del Sr. Chávarri.....	186
Dragones de Santander.....	190
3. <sup>a</sup>	
Fieles del Potosi.....	300
Dragones del rey.....	159
Sierra-gorda.....	155
4. <sup>a</sup>	
San Carlos.....	310
Provinciales de México.....	80
A la vuelta.....	10.164



De la vuelta.....	10.164.
5a	
Dragones de Valladolid.....	448
Moncada.....	240
6a	
Regimiento de Toluca.....	250
Caballería del padre Izquierdo.....	300
7a	
Regimiento de Querétaro.....	283
Ídem del Príncipe.....	241
8a	
Dragones de Puebla.....	119
Ídem de Tulancingo.....	324
Ayam.....	132
9a	
Dragones de la Libertad.....	
10a	
Dragones de Atlixco.....	83
De la Unión.....	380
Voluntarios del Valle.....	130
Voluntarios nacionales.....	247
11a	
Dragones de América.....	150
Ídem de Guanajuato.....	263
Ídem de la Sierra de Id. ....	37
12a	
Dragones de San Miguel.....	126
Chilpancingo.....	124
Del Sur.....	92
13a	
Dragones de los Campeones.....	166
Santa Rita.....	130
Compañías del Sur.....	60
Escuela del general Guerrero.....	146
14a	
Flanqueadores.....	87
Compañías de Monte alto, Tehuacan y Temascaltepec.....	189
15a	
Dragones de Atzacapotzalco.....	200
Ídem de Xilotepec.....	114
16a	
Dragones de S. Luis.....	500.
Total.....	16.134.

## V.

Antes de emprender la marcha el ejército, Iturbide estaba pensativo, como si dudase de lo que su temeridad había emprendido, y su prudencia realizaba, obligando á escribir á la historia en sus anales, una página que comprendía una campaña de siete meses, tan fecunda de heroicidad, y tan grande como el valor con que la abrió. . . Fijados sus ojos en la hermosa ciudad á donde se dirigía, decía á su estado mayor: «Compañeros: allí el orgullo nacional quedará satisfecho; aquellos muros enciernan todo nuestro porvenir: allí una gloria inmortal nos aguarda: ella nos pasará á la posteridad para vivir

en sus recuerdos. Marchémos á merecerlo." Aplausos repetidos acogieron estas mágicas palabras.

Desde muy temprano se agitaba y conmovía toda la población de México, y la de los pueblos inmediatos que se dirigían hácia la garrita de Belén, por donde el ejército debería hacer su entrada: lo mas selecto de la población estaba en las casas y balcones de las calles de la Alameda, S. Francisco y Plateros, y el pueblo iba y venía, animado por los sentimientos mas nobles.

Un arco de triunfo estaba preparado por donde deberían pasar el ejército y su gefe. A las diez de la mañana creció mas la conmoción universal: todo el mundo estaba en expectativa. Reinaba ya una indefinible alegría; pero llena de agitación: la impaciencia en unos, la exaltación en los otros, producía aquella confusión que nace en escenas meramente nuevas.

El murmullo de la multitud anuncia que se acerca el ejército: avanza en medio de las aclamaciones universales: el júbilo se pinta en todos los concurrentes, y se oyen los vivas prolongados y repetidos á la independencia, al ejército y á su gefe; vivas cuyos ecos se pierden entre el sonido belicoso de las músicas de los regimientos que llegan, entre el estruendo de la artillería y entre el estrépito de mil campanas. Cinco batidores abrian la marcha: en seguida aparece un grupo de oficiales superiores. Desde luego se percibe sobre un fogoso caballo prieto, adornado de una soberbia montura, al primer gefe: su postura galana, su espaciosa frente en la que apenas caían unos rubios cabellos; sus miradas tiernas y penetrantes, lanzadas con unos ojos centellantes y expresivos, poseyendo el secreto de cautivar á la primera vista; su sonrisa á veces apacible, á veces dulce y melancólica, indicaba que era el génio de Iguala: bota fuerte, fraco verde, sombrero montado con tres plumas y cucarda tricolor: una banda con los colores que flameaban en las banderas de sus legiones, atravesada del hombro á su cintura, de la que pendía una lujosa espada (\*), eran el traje y atavío militar con que se presentó á la cabeza del ejército. A la vista de este hombre de tanto prestigio, todo fué un torrente de emociones: los mas dulces sentimientos escitados por él, inundaban á todos los corazones. Los hechos recientes en que los prodigios se multiplicaron á su voz, hicieron olvidar y borrar de la memoria una época pasada y luctuosa. . . Mas ahora está rodeado de amor y decision, de lealtad y entusiasmo, y un solo pensamiento ocupa á todas las imaginaciones de los que lo siguen y lo ven. Sus auxi-

(\*) Una persona apacible por sus virtudes y patriotismo, le hizo el obsequio de la banda, espada, sombrero y cucarda, que estaba formada de esmeraldas, rubíes y brillantes.

dantes y el estado mayor, cuyo digno gefe era el brigadier D. Melchor Alvarez, vienen después; luego aparece con toda su gallardía el bravo Epitacio Sanchez, uno de los vencedores en Arroyo-Hondo, mandando la escolta del primer gefe, en la que no se alista nadie sino despues de haber hecho prodigios de valor.

Tiene el honor de marchar como primer cuerpo del ejército la columna de granaderos, viniendo á su frente el coronel D. José Joaquín de Herrera, cuya memoria está unida á la sangrienta victoria de Tepeaca, ganada sobre el terrible coronel Hevia. Sigúele el denodado coronel D. Anastasio Bustamante con su division, trayendo un laurel y una gasa funebre: el primero por la victoria de Atzacapotzalco, y el segundo por la muerte de Encarnación Ortiz, *modelo de valor y patriotismo*, á quien estas palabras se tributan por su gefe con los honores de héroe, y el que pasase revista de presente. Desfilaba en seguida la division del indomable y resuelto general Guerrero, de la que algunos soldados habian vivaqueado con Morelos ó con Galeana, con Matamoros ó Pedro Asensio, viniendo á ser mas esforzados bajo los órdenes de su nuevo general, con el que habian asombrado al Sur por mas de una vez. Es, pues, ésta la division con que Iturbide afirmó su empresa, proclamando á los oídos del virey la independencia mexicana. Sucedian las divisiones del decidido coronel D. Luis Cortazar, la del modesto y no menos valiente coronel D. Miguel Barragan, la del impasible y magnánimo coronel D. Nicolás Bravo, tambien vencedor en Tepeaca y Puebla, siendo el comandante de su artillería el antiguo general insurgente, D. Manuel de Mier y Terán; la del fiel y desinteresado coronel D. Rafael Ramiro, apoyado constante de las esperanzas nacionales, en una época incierta y en que se juzgaba que todo se habia aventurado; las de los coronetes D. Joaquín Paredes y D. Pedro Zarzosa, con los regimientos de Pielles del Potosí y dragones de San Luis, honor de la caballería mexicana; la bien conceptuada del honrado coronel Filisola; y por último, entraba en formacion la del coronel Chávarri, vencedora de Bracho y S. Julian, luciendo en todas á competencia el aire marcial y la táctica militar, trayendo á la memoria un hecho en que cada regimiento habia sobrepujado las esperanzas de sus gefes.

Pues bien, todos estos hombres estaban dispuestos á derramar la última gota de su sangre, cuando el gefe que los reunía é inspiraba lo hubiese querido, porque aquella época era la de los sacrificios, y porque el pundonor de ese tiempo se complacía en solicitarlos ó admitirlos.

No habia facciones que luchasen entre sí para ofuscar y degradar un triunfo tan espléndidamente adquirido. Con este espíritu absolutamente patriótico, se abrieron á Iturbide y á su ejército las puertas de México, presentando el espectáculo menos brillante si se quiere: pero mas nacional y sublime que la entrada de Bonaparte á Milan, Roma, Alejandría y el Cairo, y de Napoleón á Berlin, Dresde, Viena, Madrid y Moscow, porque no habia una sola opinion que contrariase, ni una lágrima derramada de luto que lo entristeciese.

## VI.

En frente del convento de San Francisco se detiene el ejército: es porque Iturbide estaba pié á tierra para recibir al ayuntamiento, que viene á su encuentro.

—«Señor, le dice el primer alcalde, el ayuntamiento de la capital del Imperio mexicano, por mi conducto, tributa los homenajes de admiración y gratitud al magnánimo caudillo que en el pueblo de Iguala proclamó segunda vez la independencia de la patria, y que al fin de siete meses ha consumado con tanta gloria. El desgraciado pueblo que por trescientos años gemió en el dolor y en el infortunio, hoy se exalta de júbilo y amor hácia su libertador. El ayuntamiento á su nombre os presenta esta llave (\*) de la ciudad, que ninguno mejor que vos deberá depositar.»

—«Decid al pueblo, señor, respondió Iturbide, que nada he hecho que no fuera un deber mio, pues que su felicidad, objeto constante de mis acciones, ha sido una obligacion procurársela: que le estoy reconocido por su distincion, lo mismo que á la ilustre corporacion que presidis, y en la que debe quedar dignamente esa llave que me presentais.»

Como le impidiese una pierna, que tenia enferma, continuar á pié, montó á caballo y siguió hasta el palacio: en la travesía se repiieron con mayor esfuerzo los vivas y aplausos del inmenso pueblo que lo seguia, y de todos los habitantes; cuyas simpatías eran tan pronunciadas á su favor: en la plaza se explicaron mas ardentemente esas simpatías, y se advirtió luego que los aceros que se elevaban hasta los cielos, eran de hombres libres. Por la primera vez en esa plaza, al frente de ese palacio colonial y contemporáneo de infaustos acontecimientos, á la vista de esa magestuosa catedral, y cuando reinaba un sol puro y sin que una nube debilitase sus rayos, se oian las voces sagradas de *libertad*, por tanto tiempo comprimidas. Los muros y edificios parecia que participaban de esta alegría tierna, vehemente, palpitante.

El palacio retumbó cuando Iturbide pisó sus umbrales: aquellos corredores y salones en que

(\*) Era una hermosa llave de oro, puesta en una fuente de plata que tenian cuatro maceros, y el alcalde lo era el Sr. general D. Ignacio Ormaechea.



se había promovido su destrucción y votado su muerte, mustios y silenciosos poco ha, ahora á su vista, con su voz sonora y eléctrica parecían animarse. El generoso O'Donojú (cuya memoria la mas estólida ingratitud ha condenado al olvido) lo esperaba para recibirle. Despues en el balcon principal ambos vieron desfilar el ejército trigarante. A su aspecto ¡qué de recuerdos! ¡qué de sensaciones no experimentaba Iturbide! ¡Cuántas esperanzas satisfechas! ¡Cuántas combinaciones realizadas! A ocho millones de hombres y á sus generaciones borrarles de la frente la ignominia, inscribirles la dignidad y la gloria....

## VII.

La gigantesca empresa de Iguala, acometida por la mas sublime inspiración, combinada con la mas profunda prudencia, y sostenida por la mas ardiente impetuosidad, ESTÁ CONSUMADA. Su autor ha ganado en la historia, los envidiables títulos de sagaz diplomático y profundo político, de soldado arrojado, y de heroico general. Ha llegado al apogeo de una gloria que la humanidad ha aplaudido: la fama dió á conocer al mundo.

Resonarán, por siempre en la posteridad las elocuentes palabras que un corazón comprimido de gozo y patriotismo le dictó en aquel memorable día.—Oid (\*).

“Mexicanos! decia, ya estais en el caso de saludar á la patria independiente, como os anuncié en Iguala; ya recorrí el espacio que hay desde la esclavitud á la libertad. Ya me veis en la capital del imperio mas opulento, sin dejar atras arroyos de sangre; ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de execración al asesino de sus padres; por el contrario, recorridas quedan las principales provincias de este reino, y todas uniformadas en la celebridad, han dirigido al ejército trigarante vivas espresivos, y al cielo votos de gratitud. Estas demostraciones daban á mi alma un placer inefable, y compensaban con demasía los afanes, las privaciones, y la desnudez de los soldados; siempre alegres, constantes, y valientes. Ya sabeis el modo de ser libres; á vosotros toca señalar el de ser felices.”

Los frutos de tan grande revolución y una gloria tan incomparable, no fueron bastantes para conceder una garantía, en Padilla, al hombre que en Iguala hizo flamear en la purísima atmósfera de México el mas hermoso pabellon que se ha enarbolado en los aires, y emblema de tres garantías, preciosas para la especie humana.—La religion, la independencia, y la union.

¡Qué ha sido de ese ejército tan valiente, tan florido, y tan virtuoso!....

(\*) Cuadro histórico del Sr. Lic. Bustamante.

¡Qué ha sido del gefe que lo condujo tantas veces á la victoria?

Un recuerdo en nuestros tristes anales, y una página sangrienta en Padilla, esto es lo único que ha quedado de tanta pompa, de tanto esplendor, de tanta magestad....

Septiembre de 1843.—D. REVILLA.

## DESAHOGO.

AL mar corren los cristales  
Que lleva el humilde rio;  
La lágrima del rocío  
Encuentra amparo en la flor.

En la arena se adormecen  
Las olas del mar profundo;  
Pero á mi nadie en el mundo  
Me acompaña en mi dolor.

De la planta la semilla  
Que arrancó el viento enemigo,  
En la tierra tuvo abrigo,  
Y tornóse linda flor.

El llanto que á mí me arranca  
La mas tenaz desventura,  
Ni halla piedad, ni ternura,  
Porque es llanto de dolor.

El cenzonile solitario,  
En medio á la selva umbría,  
Vierte su dulce armonía  
En sus éxtasis de amor.

Y hay en el bosque un murmullo  
Que á la voz le presta encanto,  
Porque no es como mi canto,  
Un gemido de dolor.

Tranquilo ha mirado el mundo  
Mi duelo atroz y mi pena,  
Cual semilla que entre arena  
Pudre infecunda el calor.

Y el corazón llora sangre  
Cuando revuelvo mi historia,  
Y en mi interior mi memoria  
Gime de intenso dolor.

Mi llanto cayó en la lira,  
Sus cuerdas se estremecieron;  
Sordas al temblar gimieron,  
Y me causaron pavor.

¡Ah! nadie sepa mi pena;  
Quédate, adios, harpa rota,  
Mientras mudo, gota á gota  
Bebo el cáliz del dolor.

GUILLERMO PRIETO.

## PANORAMA DE MEXICO.

## EL PASEO DEL RIO EN MORELIA.

La campiña de Morelia es una de las mas hermosas que tienen nuestras ciudades. La naturaleza, bella en sus obras mas pequeñas, ostenta allí toda su magnificencia; y parece que Dios, cuando estudiando su mano sobre el caos, hizo brotar de su seno millares de mundos, miró con una sonrisa apacible aquella tierra de bendición. Temperatura agradable, ciclo purísimo, árboles gigantes, flores de hermosos matices, y fragancia suavisima; qué le falta á la cuna de Morelos, para ser la morada venturosa que el Homero inglés cantó con acento tan sublime?

Hacia el Norte de la ciudad se encuentra el paseo llamado del *Río*, por limitarlo uno conocido por el *Río-grande*, ó de las *Lechugas*, y por haber numerosos sembrados de esta planta. Estando colocado este paseo en un nivel muy bajo respecto del de la ciudad, situémonos para describirlo, en la cima de la pendiente que se forma para llegar á él, desde el convento de los carmelitas. Desde allí se descubren de una parte los plantíos de lechugas y de chicharos, y los multiplicados canales que los riegan, y de otra el río coronado de sauces que le forman un toldo, y van señalando el curso que sigue en una extensión dilatada. A la izquierda del espectador está la capilla de la Virgen de los *Urdiales*, capilla ruínosa cuyas paredes desmoronadas solo ofrecen asilo á la viajera golandrina, y en cuya torre ha enmudecido la campana que convocaba á las solemnidades religiosas. Es inexplicable el efecto que produce en el ánimo aquella iglesita aislada, que con su humilde cementerio cercado de malezas, ennegrecida y musgosa, provoca en el que la contempla ese sentimiento apaciblemente triste, la dulce melancolía de los recuerdos.

A la derecha se ve el puente de Santiago, y la calzada del mismo nombre; y á un lado de ésta un campo que inundado por las lluvias la mayor parte del año, forma una lagunilla poblada de aves y de plantas acuáticas. Multitud de casitas con techos de paja, y con corrales cercados con estacas, para encerrar ovejas ó bueyes, completan aquel cuadro tan campestre, tan sencillo, y tan singularmente hermoso. Si estendemos ahora la vista hasta que se pierda en el horizonte, cobrárase nuevo realce la encantadora perspectiva. Una cordillera no interrumpida de mon-

tañas azuladas que aparece en el fondo, y lomas vestidas de verdura que hacen graciosas ondulaciones, y se pierden al Nordeste, forman un anfiteatro el mas bello que pudiera imaginarse. La hacienda de Quinceo, el pueblecito de Santiago, el molino de Santa Catalina y la troxa de Atapanéo, salpican con otras tantas bellezas, el cuadro que contempla estasiado el espectador.

En la cuaresma es cuando buscan allí el solaz los habitantes de la ciudad. Multitud de gentes de todas edades y condiciones, van á gozar de la frescura de la tarde, sinténdose á la sombra de los sauces del río, ó discurriendo por la extensión del paseo; mientras una turba alegre de niños vuela sus cometas ó *papelotes* con gozosa algazara. ¡Qué espectáculo tan animado, tan risueño, ofrecen entónces tantas personas que con el contento retratado en el semblante, y con todos sus sentidos abiertos al placer mas puro, gustan las plácidas delicias del campo, y se dejan vencer blandamente por la naturaleza, en una cuna de flores! Pero cuando ya el sol se ha sumergido en el horizonte, y no alumbra á la tierra mas que un débil crepúsculo, puede el poeta amante de la meditación, encontrar allí una fuente inagotable de esas inspiraciones puras, que Dios manda con larga mano á sus hijos predilectos, en esa hora misteriosa en que se complace, haciendo gala de las maravillas de la creación. El pájaro pescador que pasa rozando apenas la superficie de las aguas, y va á buscar el sauz su asilo nocturno; las bandadas de ánsares que cruzan por el cielo formando figuras simétricas; mil luciérnagas que brillan y se opacan instantáneamente; nubes que cubren con un dosel de oro aquellos prados de esmeralda; el avion que revuela en torno de la capilla arruinada; el baldo de la oveja en el redil; el eco lejano del labrador que con canto sencillo dirige su oración de la tarde al Dios de sus padres.... Pero ¡quién puede describir lo que solo el Poeta Rey sería capaz de comprender? Contémoslo, pues, con este bosquejo, que aunque débil, es un corto tributo de admiración que pago á mi hermosa patria.

En alguno de los números siguientes procuraremos hacer una relacion menuda, de los establecimientos literarios de aquella ciudad.—*J. N. Navarro.*



## LEYENDA.

## EL MONTE DE SAN MIGUEL.

Sin contradicción, el Monte de San Miguel es uno de los mas curiosos monumentos de Francia. Colocado en medio de una playa inmensa, sobre la cima de una roca entre el cielo y la tierra, asombra al primer aspecto.

A las profundas impresiones que se sienten á la vista de una naturaleza severa, y los pensamientos que nacen de la presencia de estos atrevidos trabajos del hombre, la historia viene á mezclar sus recuerdos llenos de drama y poesía.

El Monte de San Miguel fué primeramente habitado por un colegio de Druidas, y en el siglo V poblado por los Cenobitas. Durante el reinado de Childeberto II, San Auberto construyó una pequeña capilla á lado de la cual hizo un número considerable de celdas, donde la fe naciente encontraba un asilo en esos dias azarosos. Destruida la capilla á fin del siglo X, fué reedificada por Ricardo I, duque de Normandia, que estableció allí á los religiosos del órden de S. Benito.

El Monte de San Miguel era á la vez un monasterio y una fortaleza. Fue sitiado frecuentemente, y tomado, y vuelto á recobrar durante las guerras de la edad media. En un periodo de cien años fué quemado ó derribado tres veces por el fuego del cielo; pero estas ruinas desastrosas no desanimaban nunca á sus piadosos habitantes: despues de cada terremoto, despues de cada incendio, el monumento se levantaba mas hermoso, mas brillante que nunca. De estas multiplicadas reconstrucciones resultó una gran confusion de estilos, que desconciertan algun tanto al arqueólogo; pero que en sustancia no presentan mas de repugnante que algunas adiciones modernas, como la de la fachada, mitad griega y mitad romana, adherida indirectamente á la nave ogival de la capilla.

Luis XI, á la vuelta de una peregrinacion que hizo en 1469, fundó el órden de San Miguel. La divisa latina (\*) que dió á los caballeros, lleva el sello de las impresiones y sentimientos profundos que despertó en el corazon del rey el triste aspecto de este monasterio, espuesto al embate de todos los vientos. No debia ser en el principio este órden mas que de treinta y seis miembros, los cuales llevaban un collar de oro, formado de conchitas entrelazadas con un doble

(\*) Immenst tremor Oceani.

lazo, y colocadas sobre una cadena de oro, de donde pendia un rico medallon representando al arcángel abatiendo al diablo. En los dias de ceremonia, los caballeros llevaban además unas capas de damasco blanco, forradas de armiño, bordadas de oro, y recamadas de conchitas y lazos, y se cubrian la cabeza con un sombrero de terciopelo carmesí. El capitulo debia reunirse todos los años, el dia 29 de Septiembre, en el Monte de San Miguel, en la sala llamada de los caballeros; pero despues de los franciscanos en Paris, fué señalada para estas reuniones: esta órden, en la cual eran admitidos los extranjeros, no tardó en decaer, y casi desapareció bajo Enrique III, que hizo una tentativa para establecer el órden del Espíritu Santo, y Luis XIV queriendo reformarla hizo desaparecer hasta las huellas de la primitiva institucion, porque las insignias de la nueva órden no consistian mas que en una cruz colgada de un liston negro.

No solamente en nuestros dias se ha pensado en el Monte de San Miguel, para hacer una prision política. Se muestra todavia en los subterráneos el lugar donde el cardenal La-Ballue fué encerrado en una jaula de fierro. Francisco I, Luis XVI y Luis XV, encarcelaron, el primero, á un síndico de la Sorbona; el segundo á un periodista de Fraenfort, y el tercero á un poeta imprudente que lo habia atacado por medio de algunos epigramas: á la revolucion, sobre todo, estaba reservado el emplear dignamente esta prision. El terror aglomeró victimas sobre victimas, y llegaron á reunirse hasta trescientos sacerdotes, entre los que se contaba un obispo constitucional.

Pero nuestra intencion no es, pues, referir la historia del Monte de San Miguel, porque para esto se necesitaria escribir volúmenes. Esta célebre fortaleza ha representado un papel importante en las guerras de la liga, y en la dilatada tan desastrosa para la Francia, y terminada gloriosamente por la intervencion de la Virgen, inspirada de Vauculeurs. Lo que queremos referir, pues, no es la historia, sino una leyenda cuyo recuerdo se conserva en el pais.

Por el año 1423, el conde de Escala sitiaba el Monte de San Miguel, defendido por Sir Roberto de Estouville, y un puñado de caballeros bretones y normandos. La plaza, atacada ríamente, fué defendida con valor y el sitio duró

tres años. Este tiempo debió parecer muy largo á todo el mundo; pero sobre todo á un joven caballero normando llamado Roberto de Beauvoir, que la víspera de su casamiento habia dejado á su hermosa desposada para volar al puesto donde lo reclamaban el honor y el deber de caballero. Durante las lentas y ociosas horas del sitio, se sentaba frecuentemente en una de estas ventanas ogivas que se ven todavia en la fachada de la abadía, y desde allí, salvando la distancia con el pensamiento, se contemplaba en las tortuosas riberas de la Vira; y en frente del antiguo castillo de Avenel, donde habitaba Guillelmina, su futura esposa. Una noche que se entregaba así á sus ensueños de dicha, un mensajero que habia logrado cruzar por las avanzadas enemigas, vino á hablarle. Era un servidor de la casa de Avenel, que traía al caballero funestas y tristes noticias. Dijo que Burket, uno de los capitanes del ejército ingles, habia pedido la mano de su desposada; y habiendo recibido una respuesta negativa, lejos de desanimarse recurrió á un medio indigno y reprobado. Como el ejército ingles ocupaba las llanuras, Burket amenazó á la dama de Avenel, asegurándole que incendiaría el pais y haria pasar el arado sobre los cimientos del castillo de Avenel, si no se le concedia la mano de su hija. Tuvo, pues, miedo porque estaba sola y sin apoyo, y declaró á su hija que era necesario resolverse á este sacrificio. Guillelmina lloró; pero no resistió á la órden de su madre, y solo se limitó á enviar un fiel servidor á su amigo Roberto, para asegurarlo que no obedecia sino por una cruel necesidad.

Al escuchar esta noticia, se apoderó un gran furor del caballero normando, y envió un mensajero á Burket, echándole en cara su conducta desleal y felonica, para provocarlo así á un combate á muerte. Burket por todo contestacion apresuró su casamiento, y al dia siguiente el altar estaba adornado con hermosos ornamentos para la bendicion nupcial de los esposos. Cuando el sacerdote que debia sellar estos lazos formados por la violencia, dirigiéndose á la jóven le preguntó si aceptaba á Burket por esposo, y si juraba ante Dios tenerle amor y fidelidad, se vió á la muchacha vacilar y ponerse pálida.

— ¡Tiemblas, Guillelmina! le dijo el esposo.

— No, respondió la fiel amiga de Roberto; no, me muero.

La mañana siguiente habia una tumba mas en el panteon del castillo de Avenel.

Roberto de Beauvoir lloró amargamente la muerte de su desposada, y prometió tomar venganza como leal caballero. Entretanto los ingleses que habian fabricado dos celeberrimas inmensas, consolidadas con cinchos de fierro, resolvian dar un asalto general, pues querian hacerse dueños de un sitio tan ardentemente co-

diciado. Los sitiados no los esperaron detrás de las murallas: eran menos que una contra veinte; pero peleaban por su hogar doméstico, y por otra parte los franceses no acostumbraban contar los enemigos. Desde el primer ataque los ingleses fueron rechazados, tanto que se vieron precisados á refugiarse á sus atrinchamientos. En medio de la pelea el caballero de Beauvoir se batía como un leon, y derribaba cuanto se oponia á su furia, buscando por todas partes á su enemigo. De repente reconoció el penacho de Burket, del cual lo separaba una masa de combatientes. Se abre un camino y llega cerca de donde estaba su rival; mas al momento en que va á reunirse lo ve caer en el momento derramando sangre á torrentes. No obstante, como el capitán ingles respiraba aún, fué conducido prisionero á la plaza, cuyo sitio fué levantado pocos dias despues.

La herida de Burket, aunque profunda, sanó en poco tiempo, merced á los cuidados de un jóven que hacia el hábito de novicio, y que no se separó de su lado durante su enfermedad. Apenas se habia restablecido, cuando las cadenas de prisionero comenzaron á pesar sobre el capitán ingles, habituado á la vida libre y á las emociones del campo de batalla. Pensaba pagar un rescate, aunque debiese comprar la libertad con toda su fortuna, cuando el jóven que le habia prodigado tantas atenciones, entró en la celda que servia de prision, y le dijo:—Burket, nadie os retiene aquí estáis libre.

El capitán trasportado de gozo, iba á precipitarse al cuello de Roberto, para asegurarlo que no era el caballero normando que habia recurrido á un disfraz para acercarse á su enemigo, y contribuir con sus cuidados á su pronto restablecimiento; Roberto le rechazó suavemente la mano, y volviendo á otro lado la cabeza, le dijo con una voz tranquila:—Señor, no os entreguéis á la alegría tan inconsideradamente; porque si os concedo la libertad es á condicion de que me juréis otorgarme una gracia que tengo que pedirnos.

—Os debo la vida y la libertad, y por consiguiente podéis disponer de mí como os agrade: mi vida es vuestra.

—Eso es lo que veremos mas adelante, murmuró Roberto; y despues dirigiéndose al ingles, le dijo: hay en el mundo un infame que me ha inferido la injuria mas sangrienta que se pueda hacer á hombre alguno: es menester que yo me vengue.

—Su nombre... su nombre... decidmelo, y os juro sobre mi espada de caballero...

—¿Su nombre?... Es inútil decirlo en este momento; mas despues de un mes, cuando háyais acabado de recobrar las fuerzas, ocurrirá al amanecer al camino vicino al Puente de Avenel, y el infame estará allí. Hacedos acompañar de un



testigo, y llevad vuestras mejores armas, porque se trata de un combate á muerte. ¡Asistiréis donde os digo, de hoy en un mes!

—Seré puntual: os lo juro á fé de caballero.

—Bien: que el cielo proteja la buena causa, y la espada que la sostendrá.

El caballero normando salió sin escuchar los agradecimientos ni las protestas del inglés.

Pasado un mes, se hallaban al rayar el día en el camino del puente de Avenel, Roberto de Beauvoir y su compañero de armas. Dos caballeros que se aproximaban seguidos de pajes que conducían armas de refacción, marchaban también silenciosamente á lo largo de las riberas de Plaine-Leuvre, hacía su confluencia con la Vira: muy pronto se reunieron con sus adversarios. Se abreviaron los preliminares todo cuanto fué posible, y convenidos en que Roberto y Burket combatirían solos, se señaló el campo á los contendientes y la lucha comenzó: ella fue encarnizada y la victoria permaneció mucho tiempo incierta. Después que se rompieron seis lanzas, que las armaduras se abollaron y las cimeras y almetes volaron hechos pedazos, los caballeros se aparearon de sus caballos fatigados y se acometieron cuerpo á cuerpo. Se oprimieron hasta el grado de romper sus armaduras de acero, y anhelaban por encontrar las hendidas de la coraza para herirse con el puñal.

Roberto por fin deslizó su daga por entre el collarín de su adversario, y sumergió toda la hoja en su garganta.—El inglés cayó sin movimiento, vomitando torrentes de sangre.

Orgullosa Roberto con su triunfo y su venganza, se levantaba arrojando un grito de victoria, cuando se contuvo, merced á una aparición misteriosa que de repente se presentó ante sus ojos. La hermosa imagen de su desposada se le aparecía en medio de sus recuerdos: estaba delante de él revestida de gloria y de luz; pero su mirada era triste y las lágrimas corrían por sus mejillas blancas y bellas como las flores del lirio; Roberto cayó de rodillas sin poder articular una sola palabra.

—Roberto! Roberto! dijo la vision con dulce y melancólica voz; ¿qué has hecho, bien mío? ¿Era á tí á quien tocaba hacerte el juez de Burket? ¿Era á tí á quien Dios había confiado el cuidado de vengarme! ¿No sabes tú lo que está escrito? ¡Desgracia al que mata á su semejante! ¡Desgracia al que sacrifica una víctima á su odio y su venganza! Al morir Dios á manos de sus verdugos, dió el ejemplo del perdón y maldijo á los que no lo imitaran. Roberto, acébas de cometer un gran crimen: haz penitencia y llora, que quizá Dios te perdonará.

La vision se desvaneció poco á poco, murmurando varias veces la palabra adios, mas y mas tenue á medida que la aparición se hacíame-

nos visible, y que sus vagos contornos se escapaban de la vista.

Roberto se precipitó sobre el cuerpo de Burket regándolo con sus lágrimas, y sollozando en sus brazos para volverle la vida; pero todo fué inútil: el inglés estaba muerto.

El caballero normando después de haber cumplido con los últimos deberes que exigía la situación de su enemigo, renunció á la gloria y al mundo y vistió el cilicio y el hábito de monje del Monte de San Miguel, donde no pasó un día sin que rogase á Dios por el descanso eterno del alma de Burket.

Se añade que muchos viajeros han visto en el lugar donde pasó la última escena que hemos referido, cosas misteriosas que no pueden describir; pero que tampoco le es posible olvidar. (Traducido para el Museo.)

#### EPITAFIO PARA EL SEPULCRO DE UN NIÑO,

—  
ERA un ángel que del cielo  
A este mundo descendió:  
Mas que remontó su vuelo  
Cuando manchar en el suelo  
Sus blancas alas temió.—R. I. A.

#### BOLETIN SEMANARIO.

DESEANDO cortar la monotonía que produce la relación minuciosa de la solemnidad del 27 de este mes, por lo muy semejante á la de los días 11 y 16 del mismo, que ya hemos ofrecido á nuestros lectores, la omitimos. No advirtiendo nada de particular, si no es haber suprimido el discurso que debió haber pronunciado el Sr. Lic. D. José María Lafragua, á causa de su prisión, verificada la víspera de dicho día, por los motivos y con las circunstancias que expresan minuciosamente los periódicos políticos que se publican en esta capital.

Poco después de la una del día, el Excmo. Sr. gobernador de este Departamento, general D. Valentín Canulizo, colocó en el Egido la primera piedra del cuartel de Inválidos, á nombre del Excmo. Sr. general, presidente provisional, D. Antonio López de Santa-Anna, quien no pudo concurrir á un acto tan solemne, por motivos que nos son desconocidos.

En la noche se representó en el teatro de Nuevo-México, en solemnidad del día, un drama nuevo del célebre Dumas, titulado: *Lorenzino*, en cuyo desempeño brillaron con especialidad y comprendieron sus papeles los señores Barreira y Mata, y la justamente aplaudida actriz D<sup>a</sup> María Cañete.

## BIBLIOGRAFIA.

México, ó las Memorias de un viajero: por Isidoro Lowenstern, autor de: "Los Estados Unidos y la Habana." Un tomo en 4<sup>o</sup>, en francés, impreso en París por Arturo Bertrand.

PARECE que el génio del mal es el que inspira á algunos viajeros de Europa y de los Estados-Unidos, visitar nuestro país con una malevolencia y con una decisión por la caricatura y el sarcasmo, que desmenten los estudios filosóficos á que se suponen entregados. Cuando el sabio verdadero se resuelve á viajar, examina primero á la especie humana en su conjunto, para comprender las relaciones que existen entre todas las partes de ese gran todo; y como ha puesto el globo terráqueo delante de sí, ninguna cosa extraña ni le sorprende después, porque la fisonomía de la especie humana no se desmiente, y los hombres son los mismos donde quiera que están colocados en iguales situaciones. Mas el viajero superficial, que en realidad no es mas que un miopie, pretende que el mundo no admite diferencias: que los otros países y sus costumbres sean precisamente semejantes á las que observó desde su nacimiento; que la regla invariable de lo bueno y de lo perfecto, sea no mas lo que ha visto, y que merezcan un anatema de reprobación las cosas y los hombres que no había examinado. Si el tal viajero ha nacido en la Noruega, maldició al hermoso sol de Italia y á la feúda vegetación que produce tanto calor y tanta vida: si el viajero, por el contrario, vió la luz primera bajo ese cielo, siempre azul y siempre dorado, se sofocará con el humo de las chimeas de Londres, á cuyo derredor se agrupan las señoras inglesas, muy contentas, con sus espléndidos vestidos y adornos. ¡Pobre mentecato! Si hace una correría á los Estados-Unidos, y ha vivido en una monarquía absoluta, se escandalizará de que en los tiempos modernos exista un pueblo rey; y si el fuere cuáquero de la Pensilvania y llegare á encontrarse en París, se creará obligado á afilar el puñal y á introducirlo en el pecho del buen monarca de Julio. Insufribles son los tales viajeros; y si les viene la tentación de escribir sus relaciones, caudal se necesita de paciencia para sufrir sus ascos literarios, sus injusticias sistemáticas contra los pueblos que les dispensaron acaso la hospitalidad mas

generosa, y contra todo lo que no se encerraba en el mezquino círculo de sus investigaciones.

Manía ha sido esta de muchos escritores de viajes, y especialmente de los que han venido al Nuevo-Mundo, después de que conquistó su existencia independiente, y después de que ha comprobado con hechos victoriosos, que es posible establecer los principios republicanos, sin mengua del órden y estabilidad que se solicitan con ansia en todos los sistemas de gobierno. Sin embargo de que los Estados-Unidos adelantan incesantemente en prosperidad y en fuerza, no han faltado viajeros que como el capitán Basilio Hall y Mrs. Trollope, se propongan satirizar desapiadadamente las costumbres y los hábitos políticos de los americanos. Algunos viajeros y escritores de estos, han participado del espíritu de detracción de aquellos, cuando han pisado nuestro suelo, especialmente desde que la cuestión de Tejas evnenó todas las relaciones entre México y los Estados-Unidos. Es natural suponer, que los viajeros europeos, tratándose de México y de todas las colonias españolas que ahora forman naciones independientes, se esmeran en publicar críticas amargas y tan severas que dejan traseñalar un sistema irracional y perverso de enemistad. Si exceptuamos al ilustre baron de Humboldt, que viajó en México como imparcial investigador, los mas de los que han escrito acerca de esta noble parte del continente americano, son tan poco dignos de crédito, como Miguel Chevallier, el escéntrico editor del diario de los Debates. ¡No era mejor que estos hombres ligeros, escribieran novelas, en las que pudiera dejarse correr á la imaginación sin las trabas y embarazos de la crítica, que no puede dejar de ser circunspecta, justa y verdadera! Tal conducta ha inspirado una general desconfianza sobre los escritos de viajes, y cuando la curiosidad se dirige con ahinco y con anhelo á esta clase de investigaciones, se encuentra burlada y también ofendida.

Con el título de "Memorias de un viajero," ha publicado el Sr. Isidoro Lowenstern, una in-



fame sátra cuyo blanco ha sido nuestra patria, y felizmente desde el prólogo de su obra, descubre sus intenciones y su fin político, que es el de inclinar á las potencias de Europa á que intervengan en los negocios de América, trastornando sus gobiernos y transformándolos en monárquicos. "En los Estados—Unidos, dice, las costumbres vulgares de las masas, la vanidad en todas las clases, y sobre todo, el despotismo de quince millones de reyezuelos (yo no me atreveré á contar los dos millones de negros), rechazan al europeo, y lo vuelven insensible al mérito de esa nación enérgica, inteligente y laboriosa. En México, la depravación de una nación entera es la que irrita; el desenfreno completo de hombres incapaces de gobernarse es el que espanta. Mas allí no choca, como entre los americanos, la falta de alma y de sentimiento. Se siente, se lamenta ver en ese país, adornado con los dones mas preciosos de la naturaleza, á hombres cuya alma es susceptible de sentimientos nobles y generosos, hundidos en el abismo de la ignorancia y de la demoralización, dueños absolutos de seguir la senda de sus inclinaciones viciosas, y de sus costumbres disolutas. Trazando el retrato del anglo-americano, hay que esforzarse para oponer á los partidarios de las bellas teorías, el efecto de su aplicación. En la penosa tarea de pintar al mexicano, se concibe la esperanza, se lisonjea el escritor, de llamar la atención sobre hombres á quienes se ha abandonado largo tiempo á sus pasiones. La Europa es la que gravitando sobre ese país en los siglos en que reinaba la ley del mas fuerte, llevó á él los gérmenes de sus males presentes. La Europa es, pues, la única que puede y que debe hacer cesar una situación tan deplorable, contraria al espíritu de una época ilustrada, en que la felicidad del mundo es el voto de los soberanos y de los pueblos."

¿Quién no conoce, quien no percibe que el designio del viajero es, monarquizar á la América, rebajando ó anulando el mérito de sus instituciones, con la pintura atroz de hábitos y costumbres que se suponen salvajes? Como si no hubiera descubierto en el escámine de los países que visitó en el Nuevo—Mundo, mas que objetos degradados y motivos de indignación, escita á los soberanos y pueblos de Europa á una nueva propaganda, á nombre de la filosofía, como si no fuera bastante escabrosa la que esa misma Europa emprendió á nombre de la religión. Habiendo penetrado una vez que el Sr. Lowenstern, es un fanático, por el sistema de las monarquías, lo encontraremos consecuentemente en su propósito de rebajar y envilecer el carácter de los mexicanos, que han cometido el horroroso crimen de formar y sostener una república.

El autor ha dividido su obra en 31 artículos,

y solamente tomaré de ellos, lo que sea suficiente para formar alguna idea de las intenciones del escritor.

En el capítulo 19 después de haber referido Mr. Lowenstern, con entusiasmo poético, su navegación y su llegada al puerto de Veracruz, agrega: "Por favorable que sea la idea que se concibe del suelo mexicano á una cierta distancia, por la vista admirable que ofrecen sus volcanes, tales como el de Orizava, el Cofre de Perote, toda ilusión desaparece cuando uno se acerca á esa costa llana y desierta, y la admiración se reemplaza por la tristeza, á la presencia de Veracruz, de esa ciudad lúgubre, construida al nivel del mar, y cuyas casas producen el efecto de los monumentos de un cementerio. Melancólica es la impresión al acercarse á esa ciudad funesta, á ese sepulcro del extranjero, que jamas abandona la fiebre amarilla, azote tan destructor como la peste, y donde el ángel exterminador no deja de ejercer sus estragos. Ese primer aspecto de la costa, puede servir de emblema al país. Esos nevados, esos volcanes magstuosos, eran el símbolo de la idea que yo me habia formado de ese país histórico, tal como yo lo habia visto en mis ensueños; y esos desiertos, esa playa tan baja y desolada, era el símbolo de la triste realidad que debía yo encontrar en este país tan destruido." ¿A quien le habia ocurrido adivinar la condicion moral de un pueblo, por el aspecto fisico de un pedazo de costa y de una ciudad? La preocupación habia corrido un velo sobre los ojos del escritor alemán, y nunca lo levantó para descubrir la verdad en las relaciones políticas y morales del pueblo mexicano. Las medidas sanitarias y las precauciones de la policia que deben ser mas activas y aun mas severas en un país enfermizo, sorprendieron en Veracruz á nuestro viajero, y descargó su mal humor con su mezcla de ridiculo, porque encontró evidentes pruebas de que se acercaba á un pueblo civilizado. Las leyes y prácticas aduanales le chocaron demasiado, como si no tuviera experiencia de lo que pasa en esas aduanas del Rhin, las que apesar de tantas mejoras como se han introducido, son siempre el martirio de los caminantes.

El Sr. Lowenstern se lisonjeó de haber penetrado desde Veracruz las afecciones de la república para con los extranjeros, y supone que los ingleses, aunque hereges, son los mas favorecidos en la opinion, por haber sepultado sus hermosas guineas en las minas de la república.

Con motivo de los obsequios que le prestó el cónsul de los Estados—Unidos, Mr. Borrough, y después de tributarle un elogio que supongo justo, agrega lo siguiente: "Aunque estaba provisto de cartas de recomendación para las dos principales casas mexicanas del comercio de la ciu-

dad, ellas no me sirvieron mas que para conocer lo poco que debía confiar en la hospitalidad tan ponderada de los mexicanos, y para estimar en su justo valor las ofertas de servicios de que son sus pródigos." Es acaso la primera vez que un viajero niega á nuestros compatriotas la estimable virtud de la hospitalidad, que les produce incesantemente tan crueles desengaños. Los que hemos viajado por otras naciones, hemos podido comparar su carácter con el generoso del pueblo mexicano, y en verdad que el juicio que formamos es del todo favorable al último. Nuestro pueblo es tan hospitalario como el turco, y en varios de los mas acreditados del mundo civilizado, la hospitalidad no se puede buscar mas que en la bolsa, contando el número de guineas, de soberanos, ó de notas de algun banco. ¡Habrá llegado en México el caso de que algun miserable pereza de hambre? Yo lo dudo mucho, y si hemos de dar crédito á los periódicos de Europa, tales degradaciones son allí muy frecuentes.

Lo mas gracioso que contiene el capítulo 20 de "las Memorias," es la favorita descripción de los robos de las diligencias: "Luego que llegan los señores ladrones, entra la competencia para sostener los mas prontamente de la diligencia y acartarse boca-abajo, no abandonándose esta humilde postura mas que cuando se trata de despojar á uno de su ropa y de otros vestidos menos indispensables. Cuando los bandidos lo encuentran todo en regla, es decir, algunos pesos en las bolsas de los viajeros, nada se opone para que continúen su viaje. El bandido mexicano conserva en su oficio la suavidad nacional, y no mata si no es en caso de defensa. Así que, si un viajero en México pretendiera defenderse en un carruaje público, se lo impedirian sus compañeros de viaje. Únicamente á la puslanimidad de la generacion actual mexicana, debe atribuirse la audacia de semejantes crimenes. El que viajaba á caballo, provisto de armas, especialmente de fuego, casi nunca es atacado, como después tuvo ocasion de experimentar. El que juzgara el valor de los mexicanos por el de los españoles, participaria de mi asombro sobre tantos rasgos de cobardía que fui testigo en ese pueblo. En una hermosa mañana, cuando yo residia en Jalapa, llegaron seis viajeros en la diligencia de Veracruz, en el simple trago de sus antepasados antes de la conquista; y estas seis personas que eran todas jóvenes, fuertes y robustas, se habian dejado despojar por dos hombres, de los cuales uno estaba armado con un fusil y el otro con un sable." Cualquiera que se instruya de estas exageraciones, creerá que el robo de diligencias se practica diariamente; lo que es falso de todo punto. Cierta es, por desgracia, que algunas veces son asaltados los carruajes públicos, y tambien lo es que los viajeros extranjeros se resig-

nan con tanta humildad como los mexicanos, al forzado despojo y al abatinamiento del vencido. En Europa, en los Estados—Unidos, son robadas de tiempo en tiempo las diligencias y las masas; y en punto á crimenes no hay mas que leer sus gacetas de los tribunales, para conocer que nos llevan la ventaja en una horrible desproporcion. Las proezas de Cartouche en Francia, y las de Fra—Diabolo en Nápoles, no son sus desconocidas; y desafiamos á nuestro antagonista á que nos presente la historia de héroes semejantes en esta república que considera semi—bárbara.

Refiere que en su camino hasta Puebla no encontró mas que cruces, para anunciar los asesinatos y otros crimenes cometidos, y asegura que en México no se hallan otros monumentos, y raras veces cementerios. "Los mexicanos, dice, entierran sus muertos en las iglesias, sin señalar el lugar de las sepulturas, y no se encuentra en esta nación otro culto para el difunto que el prescrito por la religion. La memoria del que ha dejado de existir se pierde al mismo tiempo que la vida; y esta es una prueba de la ligereza de su carácter, y que no es susceptible de ningun sentimiento profundo y duradero."

El capítulo 30 de las Memorias está consagrado á la Puebla de los Angeles y Cholula. Ponderando la riqueza del clero de la ciudad, lo tacha de fanatismo y le advierte el peligro que le amenaza de ser saqueado, si el partido federalista llega á apoderarse del manejo de los negocios. "Los principios revolucionarios, son sus palabras, que han sido tan funestos para la religion en tantos países, han tenido en México las mismas consecuencias, aunque en un grado menos violento, y ella será respetada mientras que el partido centralista ó conservador, pueda sostenerse; pero si el partido federalista, compuesto de hombres á quienes el liberalismo sirve de máscara para su ambicion, para la codicia y para la falta de principios, llegara á sobreponerse, se desplegaria muy pronto, con las demas plagas que devastan á este desgraciado país, la de ver á una poblacion ignorante, privada de los socorros y del freno bieuhechor, que la religion impone sobre los hombres. El partido destructor codicia las riquezas que el clero posee todavía en México, sin reflexionar los sacrificios que hace para atender á las necesidades de la nacion; y vista la audacia de este partido, y el apoyo que él encuentra en el desarreglo de las masas, sus concesiones son muy prudentes, porque están en relacion con la decadencia del país."

Es, en verdad, suma injusticia suponer que México existia un partido abiertamente pronunciado contra la religion; y un partido tan insensato, que aspirara á destruir creencias tan arraigadas en el pueblo. Verdad es, que han pasado algunas épocas de escallación; pero fueron cor-



regidas por el espíritu público, y no llegaron á consumarse los designios concebidos por unos cuantos. ¿En cual nación del globo, no han transcurrido tiempos semejantes, de desconcierto y de delirio? En México jamás serán derribados los altares como en Francia, ni se empararán las aras con el sangre de los sacerdotes, como en Inglaterra: un gran principio moral sostiene en México la religión, y arraigado este principio en los corazones, no hay temor de que jamás desaparezca.

Porque las autoridades de Puebla fueron tan bondadosas para con el Sr. Lowenstern, que le facilitaron escolta hasta Cholula, que no necesitan ni piden para tan corta distancia, si no son los hombres muy miedosos, embiste á estos pobres soldados, y para degradarlos los compara con los degolladores de aquellos mismos sitios, con los héroes de Solís en la Historia de la conquista. ¿No era mas propio de un viajero ilustrado, con sus puntos de arqueólogo, el que hubiera disertado sobre esa pirámide de Cholula, que con tanta razón atrae las miradas del sabio? ¿Y aspirará el Sr. Lowenstern al honor de este título? La única circunstancia que le llamó la atención en la pirámide, fue que hubiera sido construida de ladrillos secos al sol (adobes), semejantes á los que emplean los fellahs del Egipto para formar sus cabañas. Si en ese monumento de los aztecas, creía hallar el Sr. Lowenstern las mismas maravillas que en las orillas del Nilo, su misma imaginación lo castigó, porque nunca pueden compararse las obras perfectas del arte con los primeros y débiles ensayos de la civilización.

El viajero consagra su capítulo 49, á la descripción de nuestra magnífica capital, de la cual asegura que no merece la calificación de *la mas hermosa de las ciudades*, que algunos viajeros le han concedido, imitando el estilo escagerado de los españoles, y aunque elogia el ensalzado de nuestras calles, se lamenta de que estén cubiertas de léperos y de indios, tan chocantes por su suciedad. El escritor alemán, es digno de que se le aplique el apólogo del lobo que declaró apostado al cordero, porque lo oía no mas por donde apeataba.

El capítulo 50 no es en parte mas que la continuación del 49, no solo porque se ocupa de México, sino porque sigue explicando su disgusto y fastidio, de las posadas, de las comidas, y de cuanto recibe el nombre de mexicano. Despues de aventurar algunas observaciones acerca de la suerte y condicion de los extranjeros en la republica, las desventajas han estado de parte de estas, y los beneficios por la de México. Si algunos testimonios hemos dado, que permanecerán mucho tiempo indelebiles, de nuestra inesperienza y estrafalo candor, han sido esas mismas transaccio-

nes en que se sacrificaron los intereses de nuestro comercio, de nuestra industria, y aun de nuestra politica. Mas como el escritor nos contempla como una raza corrompida y degradada, hubiera apetecido para nosotros un trato semejante al que recibian las potencias Berbericas en el siglo pasado y la miserable China en el presente. Seria muy de apreciar que los gobiernos de las naciones ligadas por tratados con la mexicana, se arrepintieran de haberlos aprobado, y nos dejaran en libertad para atenernos, lo que seria lo mejor, á los principios del derecho internacional y de gentes, sin tratados especiales; ó de reformarlos de una manera mas conveniente á nuestra embarazosa situacion, y á nuestras necesidades.

El capítulo 69 contiene un análisis parcial y mezquino del sistema de gobierno observado en México desde que conquistó su independencia. El viajero decide magistralmente que en México no se puede esperar un gobierno en armonía con el carácter, las costumbres, el grado de civilización y los antecedentes de la república mexicana. Rebajando el mérito del valor y de los talentos del caudillo de Iguala, considera á mas inferiores á los que lo reemplazaron en el ejercicio del poder, y en todas las fases que ha presentado la revolucion mexicana no descubre mas que *usurpaciones, escándalos y raterías*. Si le parece anárquico el sistema federal adoptado, y un pobre remedo del de los Estados Unidos, tratando del centralismo asegura, que faltó á sus agentes la conciencia de su poder, y que habiendo preferido las medias medidas, dejaron el pais al arbitrio de las facciones, que continuaron destruyéndolo, hasta que un gobierno sabio y firme se establezca, que ahora parece tan incompatible con el sistema republicano verdaderamente esotérico, segun su opinion, en nuestro territorio.

En el capítulo 70 comprende en una sola razon, la poblacion de la república y su estado militar. Lamenta la falta de datos para contestar la estadística de México, y desprecia los trabajos practicados hasta aquí en un ramo tan importante de la administracion. El ejército le sirve de materia para el ridiculo, sin que se escapen ni los uniformes, ni los pantalones, cuya moda dice que es difícil señalar, cuando no son mas que copias del traje militar europeo. El único mérito que confiesa al soldado mexicano, es el de la sobriedad. "Las revoluciones, asienta este atrevido, que en otros paises, generalmente hablando, han desarrollado talentos militares ocultos entre la multitud, y que han servido de alguna compensación á las desgracias que ellas producen, en México no han sido útiles mas que para que ciertos hombres destituidos de talento y de espíritu militar, hayan podido llegar por medio de la

iniriga, á los puestos eminentes. La audacia en los pronunciamientos, y jamas el valor, ha sido el punto de partida de hombres muy medianos, para alcanzar los empleos mas elevados de la republica, y para ocupar al mundo entero con una fama usurpada, que conservan todavía, manteniendo una influencia tan funesta para la felicidad y tranquilidad del pais, despues de haber dado tan numerosas pruebas de su incapacidad administrativa y militar." Por este rasgo se obtiene un pleno convencimiento de que es muy consecuente el escritor en el inico propósito de anemad á todos los mexicanos dotados de algun talento y energia, para deducir monstruosas consecuencias contra el suelo que los ha producido.

El capítulo 69 habla de los *establecimientos científicos*. Si bien conviene en que la educacion elemental se halla bastante mente generalizada, objeto que las masas no obtienen mas que un grado muy bajo de civilizacion: dice que la marcha hácia el saber, no es mas que débilmente progresiva: no encuentra en nuestro pais otras notabilidades literarias, que los Sres. D. Carlos María Bustamante, D. José Gomez de la Cortina y D. Lucas Alaman. Por esto podrá juzgarse de la exactitud de las noticias que se adquirió el viajero, quien asegura rotundamente, que *la literatura, las ciencias y los artes, nada han ganado despues de la revolucion*. Tal aserto, es no menos injusto que odioso, y sin que yo rebaje el mérito de los mexicanos que enoimia, estoy muy distante de convepir en que sean nuestras únicas antorchas literarias.

Los *hospitales y ceremonias religiosas*, son la materia del capítulo 90. Comienza el atrabiliario escritor por afirmar que *el sentimiento religioso, á que deben su existencia los establecimientos de beneficencia, se pierde diariamente, y que no es reemplazado por ese espíritu filosófico que le ha sucedido, segun las ideas modernas*. Atribuyendo exclusivamente al clero el cuidado de esos hospicios, supone que en sus funciones bienhechoras, son siempre guiados por el Sr. D. Lucas Alaman, cuya actividad se manifiesta en todo lo que puede conducir á la felicidad de sus conciudadanos. Es claro que el Sr. Lowenstern no visitó otro hospital que el de la Concepcion ó de Jesus Nazareno, lo que para los mexicanos fué una fatalidad, porque en él le contaron que *una masa estúpida y ciega iba á profanar las cenizas del mayor y mas noble carácter que nos presenta la conquista del Nuevo-Mundo; y que este acto inaudito de vandalismo, fué evitado por la decision de un hombrere que ha consagrado un culto profundo á la memoria del héroe, y que logró frustrar del poder de manos sacrilegas esos restos preciosos, cuyo asilo despues se ignora*. No es esta la

primera vez que se calumnia, de una manera tan desmerecida como atroz, al pueblo mexicano, que jamas concibió el negro designio de vengarse en las cenizas frias de Hernan Cortés, las crueldades que comenció en este pais, y que disculpamos un tanto, por el genio del siglo en que vivió. Si nuestros gobiernos no hubieran descuidado tanto lo que pertenece á la gloria nacional, hubieran hecho muy severas investigaciones contra los autores de un robo verdaderamente sacrilego, y que ha privado á México, no sin recompensa segun se asegura, de unas reliquias que no dudaré en llamar preciosas y que los mexicanos estimaban como una riqueza histórica. Si alguno de ellos ha contribuido con semejantes hechos y con semejantes noticias, al descrédito de sus conciudadanos, yo le consagro aquí una página de oprobio y de indignacion. En las consideraciones del escritor sobre el clero, es menos cáustico, que cuando habla de otras clases del estado; pero dice que las iglesias han sido saqueadas y los conventos demolidos por los mismos hombres que se prosternan delante de los sacerdotes. ¿Háse visto un descarado de los saqueos y demoliciones, como puede reirse con la lectura de los Cuentos tártaros. ¿Y que esto asegure un nativo de Europa, donde los saqueos y destrucciones de los templos, son hechos históricos de todas las épocas, sin exceptuar la presente en que domina el espíritu de un siglo mas ilustrado!

Sigue el autor martirizando á los mexicanos, en su capítulo 100: será suficiente copiar algunos párrafos. "Por interesante que sea la ciudad de México, nada hay sin embargo de menor atractivo para un extranjero que su larga permanencia en ella, cuando no le demandan sus negocios. Las relaciones sociales son allí muy limitadas. Acogido el extranjero por los mexicanos en sus tertulias con cierta desconfianza y embarazo, no se encuentra en ellas satisfecho, y no puede gustar del tono monótono que en ellas reina. Las relaciones establecidas con los extranjeros en esta capital, ofrecen aun menos recursos; pocos de ellos pertenecen á las clases elevadas de Europa, cuyos modales se esfuerzan sin embargo, en copiar, afectando pretensiones muy ridiculas, defecto general en todas las colonias. El extranjero, pues, queda abandonado á sus propios recursos, y las maravillas de ese lugar célebre vistas y revistas una vez, lo reducen á distracciones, la mayor parte insípidas, que son las que se ofrecen al público de esta ciudad." La desconfianza que el Sr. Lowenstern nota en las tertulias mexicanas, respecto del extranjero, es el preciso é inevitable resultado de su pretendida superioridad para con los nacionales, y de la injusticia jamas desmentida, con que califican



los actos mas recomendables de la sociedad mexicana.

Duros son los rasgos con que el escritor describe la escagerada pasion de los mexicanos por el juego, por la lid de toros, y por las peleas de gallos. ¿Y qué, no se juega en Europa? ¿No hay lucha de gallos y hasta de hombres en Inglaterra? ¿No mantiene España todavía las corridas de toros que heredó de los moros? ¿Por qué tanta maldiccion y escándalo! Yo me atengo al espíritu del siguiente refran: *en todas partes cuecen habas, y en mi casa á Calderadas.*

Las costumbres mexicanas, que minuciosamente se pormenorizan en el capitulo 11, son presentadas en su lado mas desfavorable, por el escritor, que nunca se separa de su escageracion sistemática. "Pocas familias hay, dice, en que el padre despues de haberse dado á las ocupaciones de su estado, goce de la felicidad del interior de su familia: la disipacion y el juego absorven la mayor parte de su tiempo. El hijo crece bajo la influencia de estos malos ejemplos del padre, y queda únicamente confiado á la indolencia é incapacidad de la madre, para que le sirva de guía y vele por su educacion. El interés ó las conveniencias de familia, son las que dictan los matrimonios en México. Los dos esposos observan entre sí una atencion reciproca; pero la fidelidad, al ménos por parte del marido, no merece consideracion alguna. Yo dudo que exista un pais que se llame civilizado, en que el culto de Cithères sea mas abiertamente profesado que en México. Este desarreglo de costumbres procede especialmente de la facilidad con que las madres de las clases comunes, se prestan por la ganancia, á la deshonra de sus hijos. Una circunstancia que choca al extranjero es, el que sin embargo del número ejercido de estas victimas, no se encuentren, si no es rara vez en las calles de la ciudad, esas desgraciadas que hormiguean en las capitales de Europa."

"Uno de los defectos mas comunes del mexicano es, su propension á la prodigalidad, que procura atenuar con su codicia especial para todo lo que es ganancia. Individuo hay que disipa enormes cantidades de sus rentas, y se emplea en el negocio mas insignificante que le promete algun lucro, con tal de que sea ageno de sus ocupaciones acostumbradas. Yo he visto á un médico de los que se hallaban mas en boga en la capital, abandonar por tres dias á sus enfermos, para ganar veinte pesos en el correaje de algunas mercancías inglesas. Causa admiracion en México el talento de sus habitantes para deshacerse de su dinero, sin que las cantidades que gastan prodigamente les procuren el menor placer, y ni aun el de que se hable

de ellos. La sola pasion de los juegos de azar, que se encuentra en todas las clases, es mas que suficiente para absorver sus fortunas. Aun los mexicanos mas avaros, clase que en aquel pais es numerosa, porque en él no mas reinan los extremos de la disipacion y de la mezquindad, llevan al juego su tributo, con la esperanza de aumentar su caudal, así como el pródigo con la de acrecer los recursos de su disipacion."

Digno es de sentirse que la especie humana sea en todas las partes del mundo pecadora, y que tanto abunden los sacerdotes y sacerdotisas consagrados al culto de Venus y tambien al de Birjan; pero toca los extremos del ridiculo el que un europeo, que habrá tal vez conocido las cien mil prostitutas de Paris y sus bancas de juego, se haya asombrado del desarreglo, en verdad poco notable, que existe en México. Cierito es por desgracia, que el mexicano es gastador y hasta pródigo, vicio que fué debido al excesivo cariño ó llámese chiqueo de sus padres; y cierto es igualmente que hay algunas familias excepcionales, cuyas costumbres no son tan puras como era de desearse; mas no es general la corrupcion como se supone; siendo tambien de notar que las costumbres de una nacion, no se conocen por las de sus capitales, donde se aglomeran elementos de disolucion que son muy raros en otros lugares. ¿Por qué no llamarian la atencion del viajero, las virtudes domésticas de tantas familias que son la honra de nuestra sociedad? ¿Por qué no conoció que nuestro pueblo va aficionándose al trabajo, y que existen millares de brazos empleados en nuestra naciente industria, lo que es un retraente del vicio y un estímulo para la virtud? Dígame lo que se quiere, la condicion moral de nuestro pueblo mejora cada dia, y mejorará incesantemente bajo los auspicios de la paz pública, cuando las instituciones republicanas hagan tan difícil la vuelta del despotismo como la de la anarquía. La proverbial docilidad del carácter mexicano, prestará acogida á las lecciones y ejemplos de una virtud austera, y no es imposible, como se supone, la correccion de costumbres y que desaparezcan las leves manchas que tanto escageran viajeros injustos y presuntuosos.

Las costumbres mexicanas se escaminan con mas estension en el artículo 12 que en el antecedente, notándose en él la misma disposicion para encontrar defectos é imperfecciones en el carácter nacional hasta donde no existan. Búrlase el escritor de las tertulias mexicanas, del cigarro de las señoritas, de su modo de sentarse, de sus conversaciones favoritas, y hasta de las frases ingenuas, francas y sencillas con que obsequian al extranjero. No pudiendo dejar de censurar que los mexicanos de los dos sexos poseen mucho talento natural, agrega que el me-

xicano sin tener otra instruccion que la que le proporciona una lectura, por lo comun frívola, se considera en estado de juzgar acerca de objetos de los que no tiene mas que nociones generales é incompletas. Los acusa de que no habiéndose nutrido mas que con la lectura de folletos, se creen á la altura de todos los conocimientos, sean legislativos, administrativos ó de cualquiera otra clase. "Esos son, dice, los que se apoderan de la conversacion acerca de todas materias, y los que sostienen la opinion, que enuncian con la obstinacion de la ignorancia."

"La idea, continúa, de su propia superioridad, combinada con el odio contra todo lo que es extranjero, sentimientos característicos de todos los pueblos en que la civilization no ha hecho mas que débiles progresos, los vuelve muy sensibles á la menor contradiccion. Los mexicanos, así como sus vecinos del Norte, aguardan del extranjero la aprobacion mas completa sobre todo lo que dice relación á su pais, y se muestran ofendidos por cualquier observacion franca que se les haga. En compendio, nada iguala á la presuncion del mexicano sobre sus propias luces, sobre la fuerza de su nacion y sobre su valor, mas que el desden con que él trata á todos los otros pueblos."

Como para el trato social no existen preceptos como los del Decálogo, fijos, invariables y comunes para todas las naciones, lo que ha parecido chocante en la sociedad mexicana al Sr. Lowenstern, no lo es en sí mismo, así como las costumbres de ciertos pueblos de Europa, que parecerian repugnantes al mexicano, dejan de serlo no mas precisamente porque son costumbres, cuyas tradiciones ignoran acaso los mismos que las practican. Disonante ha parecido al escritor alemán el uso del cigarro, tan generalizado entre los mexicanos; y disonante me pareció á mí, cuando visité á los Estados Unidos, el que mascararan tabaco los caballeros de mejor educacion, repugnándome sobremanera la especie de vómito prieto que este uso producía. Mas reflexionando despues que para todo hay su razon en este mundo, dejé de condenar lo que otros juzgaban plausible, y para lo cual podrian tener sus motivos especiales.

En México, como en todas las partes del mundo, existen hombres instruidos en una ó muchas materias de ciencia; algunos mas, que sobresalen por su instruccion superficial, y el resto que carece aun de las nociones mas vulgares. Mas juzgando del conjunto, México no es uno de los pueblos del globo mas atrasados en civilization; y cuanto permiten sus antecedentes, las circunstancias actuales y los obstáculos que producen los trastornos civiles, innegable es que han obtenido adelantos, que si no pudo percibir el viajero, es, ó porque sus ojos no son tan claros

como los de un filósofo, ó porque le plugió cercarlos ante los hechos que contradecian sus absurdas opiniones.

Este sentimiento de animadversion hacia todo lo que es extranjero, no es comun entre los mexicanos; y si ha progresado, debido es á la insolencia con que somos tratados: á la superioridad que tanto afectan los habitantes del Viejo-Mundo, aun cuando hayan vestido en él la librea de los lacayos; á la desaprobacion irritante de nuestras costumbres, y al zelo mezquino con que se disputa por los extranjeros nuestro valor, nuestras proezas, y nuestra gloria.

Ha contribuido tambien á alejar las afecciones del pueblo, de los extranjeros, la miseria que le ha cabido en suerte por haberse apoderado ellos de todos los giros productivos. El pueblo que debió prometerse un cambio favorable de situacion cuando conquistó su independencia, y se estrujo del yugo colonial, ha experimentado todo lo contrario, y es hoy mas pobre y mas infeliz que en aquella época, que hizo cesar por un grande y meritorio esfuerzo. Las diatribas que de tiempo en tiempo se han permitido publicar contra la nacionalidad de los mexicanos, escritores que estuvieron animados del mismo espíritu ofensivo y calumnioso en que tanto sobresale el Sr. Lowenstern, han acabado de enagenar las voluntades de estas gentes, que aunque sencillas, saben sentir cuanto es el precio de la dignidad de su patria. Yo no busco excusas, sino señalo causas: muy conocidas son las que obran en el espíritu de los pueblos, y que vanamente contraria el filósofo, cuyas aspiraciones se dirigen siempre, á que se restablezca el estado normal, porqué á un tiempo condena los motivos y sus resultados.

El escritor alemán atribuye á causas muy mezquinas, el buen suceso de la lucha de independencia, y nos supone audaces y petulantes para con todas las naciones, porque supimos vencer á la que nos dió origen. Estrafias no son en un pueblo nuevo las frases de pompa, y ciertos desahogos de vanidad; pero es necesario que se conozca, que existe en el pueblo mexicano un sentimiento enérgico y dominante de independencia, que se desarrollará con actividad y hasta con furor, si viese atacados alguna vez sus derechos, y combatidos sus intereses mas sagrados.

Describe el caritativo escritor alemán las corridas de toros que vió en México, y con tanta estrafieza, como si ignorara que cerca de diez siglos ha que se introdujeron en Europa, y que allí se ha gozado de ellas con un placer indefinible. En México se ha rebajado infinito el gusto por esa bárbara diversion que introdujeron los españoles, y muy pocas son las ciudades en que hoy se mantiene. ¿No sería bue-



no, y glorioso también, que desaparecieran en Inglaterra los escándalos del pugilato? El filósofo condena estos estravíos de la razón; mas al compadecer á la especie humana por sus delirios y hasta por sus crímenes, no es justo que un pueblo solo de la tierra, cargue con la esceleración, que en caso de ser merecida, es universal y no exclusiva de un solo pueblo.

Los pobres indígenas de nuestro suelo, blanco de una saña apasionada de extranjeros que afectan filantropía, y distan tanto de poseer esta fuente consoladora de innumerables virtudes, merecieron del Sr. Lowenstern, que les dedicara todo su capítulo 13, y por los rasgos que copiaré, se advertirá cuál era su emponzoñado espíritu.

“Todos los indios tienen una disposición de las mas pronunciadas por el robo, y nada sería capaz de separarlos de ella. Yo podría citar un sinnúmero de ejemplos en apoyo de esta asercion; pero me limitaré al hecho siguiente, que es al mismo tiempo un testimonio de su ingratitude. Uno de mis amigos tenía, en tiempo del cólera, una india á su servicio, la que se habia portado tan bien, que contra la costumbre del país, donde no se cuida mucho de la salud de los domésticos, le hizo prodigar los cuidados mas asiduos cuando fué atacada de esa enfermedad, y se estendió su generosidad hasta á darle un colchon. Ella sanó, y para manifestar su gratitud á su amo, se salvó en el primer día de su convalecencia, con su colchon; dote magnífico para una india, que necesariamente le proporcionó un marido.

“El amor no es entre los indios mas que una pasión brutal, á la cual se abandonan sin límite y sin reserva; se ve á los dos secos en las calles de la capital marchar entrelazados los brazos de uno y otro, y cubiertos con un zarape, como si no existiera mundo al rededor de ellos.”

“Las muertes, los asesinatos en los caminos públicos son frecuentes, y muchos caminantes demasiado confiados en la probidad de sus domésticos, que ellos creían haber probado en muchos años de buenos servicios, han pagado esta seguridad con su vida. El extranjero sobre todo, es el que debe guardarse de su traicion, porque están persuadidos de que todo es lícito contra un herege. ¡Cuánto no he tenido que sufrir yo mismo, por la mala fé de mis criados, sin embargo de que los habia escogido por recomendaciones las mas propias para lisonjearse sobre su fidelidad!”

“Los criados mexicanos, especialmente cuando pertenecen á las razas mistas, son la *non plus ultra* de la perversidad. Por mucho que

sen el tiempo que han pasado en el servicio, jamas se aficionan á su amo, y aun despues de veinte años los roban en primera ocasion.”

“Son ellos de una astucia la mas pelagrosa, ó de una estupidéz extrema, que á veces ellos fingien. Las palabras que pronuncian son otras tantas mentiras; pero esta moda es tan general en México, aun entre la buena sociedad, que no se les debe reprochar demasiado.”

“Si bien es cierto que existen defectos y vicios en las clases superiores de México, se encuentran al menos algunas escepciones honrosas; pero el populacho no presenta alli mas que un conjunto de crímenes, y las costumbres mas vergonzosas, sin ninguna buena cualidad que pueda compensar tanta perversidad. En él se encuentra acumulada toda la degradación del esclavo liberto. El no se complace mas que en la anarquía de las revoluciones, y en la anulación de las leyes, de la que él espera toda su ganancia. El oprime, en fin, al país en que el orden y la justicia no existen mas que en los programas de las diversas constituciones.”

Este desesperado escritor, si hubiera vivido algunos siglos atras, hubiera arrebatado su pincel al Dante, para pintar mas horriblemente su infierno, y á Milton para bosquejar con mayor propiedad á los principes de las tinieblas; mas para esto necesitaba de figurarse que México era el Averno, y los miserables mexicanos los vasallos ó los cómplices de Lucifer. En efecto, Mr. Lowenstern ha agotado el veneno de una pasión rencorosa, y ha trazado sus líneas para no ser creído de persona alguna, porque la perversidad que atribuye á un pueblo civilizado, es una paradoja que jamas autoriza la buena crítica.

La condicion de los indígenas de nuestra patria, no ha podido mejorar en los pocos años que han transcurrido desde que se conquistó la independencia, porque los efectos de una degradacion sistemática de tres siglos, no se destruyen tan fácilmente. Mas se han hecho grandes esfuerzos para aliviar y mejorar su suerte, y les está abierta la puerta del merecimiento y de la virtud, nivelándoseles en derechos con todos los mexicanos. Solamente un escritor tan preocupado como nuestro antagonista, ha podido no notar las relevantes cualidades que poseen nuestros indígenas, sus virtudes espartanas, y los servicios que prestan sin interes alguno á su patria. Ellos cultivan nuestras tierras, sirven en nuestro ejército, y soportan con admirable resignacion las cargas de la sociedad. De todas las clases ó castas, es la que menos participo ha tenido en las revueltas civiles; y cuando llegue á consumarse la grande obra de la filosofía á que contribuyen hoy todos los buenos mexicanos, se le verá levantar con gló-

ria del polvo de la abyeccion, y entrar en el goce real de todos los derechos políticos.

Verdad es que se cometen algunos asesinatos en los caminos públicos; mas son verdaderamente raros, y por esto es por lo que se advierten. A pesar de la vigilante policia de Europa, la que supone la necesidad de este grande recurso administrativo, para prevenir los delitos, son alli muy frecuentes los de esta clase, como lo anuncian las tablas estadísticas del crimen, que de tiempo en tiempo se publican. No hay, pues, motivo para este escándalo, y si lo hay para admirarse de que en un pueblo, donde propiamente no existe lo que se llama policia, se moderen estos excesos por la natural suavidad y dulzura del carácter mexicano.

Como los viejeros que visitan nuestro suelo, vienen de antemano preocupados contra los criados mexicanos por las esageraciones que otros han hecho de su mala fé en el servicio, suponen y despues repiten, que son otros tantos asesinos, ó cuando mas caritativamente se les trata, otros tantos ladrones. En esto, como en todo, se procede con una grande injusticia: muchos de los criados son buenos, y particularmente fuera de las grandes ciudades; se adhieren á las familias, les prestan muy útiles servicios, y envejecen bajo el mismo techo en que pasaron los dias de su juventud. La maldad que se presenta como regla general, no es mas que su escepcion; y estoy muy cierto de que el mexicano con todos los ponderados riesgos, preferiria siempre al nacional sobre el extranjero para su doméstico, y le confiaría de mejor voluntad sus intereses y tambien en vida. En México las casas de comercio extranjeras, prefieren el servicio de los mexicanos.

En el capítulo 14 refiere Mr. Lowenstern, su escursion á las ruinas de Xochicalco, y á la cueva de Cacahuamilpa. No pudo dejar de confesar que aquel monumento de los aztecas es de las formas mas regulares, y que manifiesta que en tiempos distantes existieron relaciones entre México y el Norte de Africa. En este capítulo como en el siguiente, no se olvidó de su favorita manía de figurarse en perpetuo peligro de muerte, con los criados mexicanos que llevaba consigo, y consecuente en su manía de hablar mal de todo el mundo, no perdona ni á los extranjeros que lo acompañaron en su viaje, á los que tachó de una vergonzosa cobardía.

Como en el capítulo 16 solamente se ocupa el viajero de describir las minas del Real del Monte, no contiene, lo que en verdad es una rareza, alguna de sus acostumbradas diatribas. En el 17 describe su vuelta del Real del Monte á San Juan Teotihuacan, y un pobre ranchero que en el camino tuvo la indiscrecion de admitir su convite para la mesa, hizo todo el gasto de su criti-

ca. “Me hallaba, dice, comiendo, cuando un jóven campesino entrando en la posada, arrojó miradas muy apasionadas sobre el plato que tenia yo delante de mí. Tan necio como todo extranjero que pretende imitar las costumbres del país que habita, le dije con la mayor indiferencia: *vd. gusta?* esperando que me diera las gracias, fórmula negativa empleada en semejantes ocasiones. Mas él aceptó mi oferta, y se apoderó sin cumplimiento de mi asado, que devoró tan pronto como se dá una ojeada, con la ayuda de los cubiertos de uso natural en México. Yo me asemeje al pobre Gil Blas, cuando apenas salido de la casa paternal, se encontró con un parásito en el primer meson. Pero al menos aquel le recompensó con un buen consejo, mientras que mi querido comensal habiendo vaciado el plato, bebió un trago de pulque, se limpió la boca con los cubiertos que he descrito, y levantándose sin decir adios ni otra ceremonia, me enseñó á mí costá á ser mas circunspecto en lo sucesivo con el *gusta* *vd.* de los mexicanos.”

“Estos invadando á todo el mundo con las frases mas pulidas, faltan totalmente á las formas mas simples, dictadas por la decencia ó el reconocimiento. Jamas sale de su boca la confesion de los servicios que se le prestan; la palabra *gracias* no existe mas que en el vocabulario de los mendigos que horriamente al país, y quienes al mismo tiempo que os recitan su frase, se burlan del que la sido tan necio que les ha dado una limosna. Esta es la costumbre general en México, con todo el que seducido por hermosas palabras, se decide á dar algun socorro.”

El lector menos irritado por esta serie continua de injurias y despropósitos, no encontrará en el Sr. Lowenstern al filósofo que razona, sino al gloton que llora todavía no haber podido devorar, con hambre canina, un pedazo de carne asada. He aquí una hambre verdaderamente alemana, y una mezquindad que merece el rango de proverbial. Hambre á la Lowenstern, una hambre como adelante una hambre canina, una hambre como la que refiere Josefó que sufrieron los judios cuando el memorable Tito sitió á su desolada Jerusalem.

Y esa hambre no se le olvidó al gloton alemán. Llegado á Texcoco, cuenta que su huésped le preparó una pequeña comida, mientras que su marido guardaba á sus hijos con una paciencia verdaderamente angelical. “Mas él se distrajo, en sus funciones por la llegada de dos de sus camaradas, tan malas personas como él, que se rodearon de mi mesa. Pero gracias á la esperiencia que habia yo adquirido en S. Mateo, el *gusta* *vd.* no salió de mi boca, ocupada en hacer elogios del talento cocinero de mi hués-